

Psicología de una anatomía: comentarios al libro de Schydrowsky y Wicht

Jurgen Schuldt

i.

A pocos meses de su aparición se encuentra en circulación la *quinta* edición de un libro excepcional: *Anatomía de un fracaso económico: Perú, 1968-1978*. El éxito de ventas ha sorprendido a sus editores y probablemente también a sus propios autores, los economistas peruanos Daniel Schydrowsky y Juan Julio Wicht (1979).

Se trata, pues, de un fenómeno extraño en el mercado nacional del libro, tan deprimido durante los últimos cinco años. Una explicación de este inesperado *boom* se debe indudablemente al idioma tan sencillo de que hacen gala y por medio del cual venden un claro y elemental mensaje que promete acabar con todos nuestros problemas en poco tiempo y a un costo mínimo.

En este artículo no es posible tributarles el honor que se merecen. Nos centraremos solamente en una *idea*, aparentemente secundaria, que recorre todo el libro. Dejamos de lado la serie de originales planteos que presentan y que ya han sido cuestionados por otros. La idea o prejuicio al que nos referimos es común prácticamente a todos los

economistas de "formación ortodoxa". En tal sentido este libro ha sido escogido a manera de ilustración, como ejemplo paradigmático, para comentar una de las constantes del "pensamiento" de los *buenos* economistas: su carácter sicologizante (e idealista).

2.

A lo largo de este libro se aplican al Perú los principios e ideas generales que Schydrowsky (1967, 1971, 1972, 1973, 1976) ha venido desarrollando desde hace más de diez años en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Boston.

Como todo científico innovador, también su contribución parte de una crítica a los enfoques vigentes. Cuestiona, tanto a los *monetaristas* como a los *estructuralistas*, de quienes difiere respecto al enfoque teórico y respecto a la estrategia de acumulación a adoptarse en América Latina.

Implícitamente cuestiona, a los primeros, porque exageran la importancia de la estabilidad de precios y la ausencia de problemas de balanza de pagos; y, a los segundos,

porque le asignan mayor prioridad a más elevados niveles de igualdad y de empleo (1973: 1). Cuando sería posible, según él, "sintetizar" ambos, extrayendo lo "positivo" de cada uno. Explícitamente les achaca que sus respectivas teorías "sólo cuadran con algunos de los hechos" de nuestra realidad, lo que tiene efectos nefastos en relación a las recetas de política económica que se derivan de ahí: sus credos "parcialmente verdaderos" llevan a la adopción de recetas económicas que "a menudo tienden a agravar los problemas que intentaron resolver".

En consecuencia, lo que se requiere es "no sólo un enfoque teórico más preciso, sino también el abandono, por parte de quienes diseñan la política económica, de esquemas teóricos caducos y sólo parcialmente correctos y su sustitución por *puntos de vista ecléticos*, más apropiados" (1973: 2, n.s.).

Pasando a lo positivo, según Schydrowsky, la esencia de los problemas económicos latinoamericanos de las últimas décadas radica en el rol y la naturaleza del desarrollo industrial. Y es que nuestra industria manufacturera es hambrienta de divisas, absorbe poco desempleo y produce a bajos niveles de capacidad productiva, a consecuencia de *políticas económicas erróneas*. Estas vienen conformadas por elevados y crecientes niveles de protección, exageradas exenciones tributarias, tipos múltiples y fijos de cambio, tasas irrealistas de interés, fijación de los precios esenciales de la economía, etc.

La "inconsistencia de las políticas de desarrollo" estriba en el hecho que se trató de incrementar la tasa de crecimiento del Ingreso a través del fomento a la industrialización — que requiere de elevados niveles de divisas —, descuidando paralelamente el diseño de medidas para incentivar las exportaciones necesarias para tal efecto. De esta contradicción surgirían las recurrentes crisis de balanza de pagos latinoamericanas: "Esto a menudo tomó forma en algunos años de crecimiento veloz, la reducción de reservas, una crisis aguda de balanza de pagos, luego devaluación y recesión, seguido por un periodo de recuperación de reservas y finalmente un nuevo inicio del ciclo" (1972: 264s.). Es decir, el clásico péndulo desarrollismo-estabilización, en un proceso de marchas y contramar-

chas económicas (y políticas) muy generalizado en el continente durante los últimos treinta o cuarenta años.

3.

Esa "plantilla" es aplicada al caso peruano en el libro reciente de Schydrowsky y Wicht. "El Perú está sufriendo su actual crisis como consecuencia de una serie de desequilibrios que surgen fundamentalmente de haber aplicado, desde hace veinte años y cada vez con más rigor, una estrategia de desarrollo (de sustitución de importaciones) que causó que el sector demandante de divisas creciera más rápidamente que los sectores generadores de oferta de divisas" (p. 13).

Ello, a su vez, sería consecuencia de las "incoherencias" de la política económica que dió lugar al fracaso económico: *la ignorancia* de los gobernantes y sus asesores de turno. Desde su peculiar punto de vista, fue la "falta de visión económica" (p. 118), es decir "la falta de comprensión de principios económicos básicos en las altas esferas del gobierno militar revolucionario y de sus asesores políticos" (p. 32) lo que llevó a una situación en la que "la intuición y la audacia política predominaran sobre el conocimiento y el análisis económicos" (p. 26). De manera que "no sólo hubo desgobierno de la economía; hubo falta de comprensión de las relaciones económicas básicas" (p. 107) y "además faltó comprensión económica de los problemas del país" (p. 26, n. 13). En conclusión, refiriéndose a los asesores y defensores de la Primera Fase, "sus omisiones y errores en la comprensión y manejo de la economía resultaron ser fatales para ellos y para el proyecto mismo" (p. 43).

4.

Sin embargo, no queda claro del texto si la incompreensión, los errores, la ignorancia, la audacia, la intuición, las omisiones, la falta de visión, etc. de los políticos y economistas de la Primera Fase resultaron de la *falta de una estrategia* económica o bien de la presencia de una *estrategia económica contradictoria*. Al respecto vale la pena señalar que Wicht redactó el primer y el último capítulos y Schydrowsky el segundo y el tercero. Veamos lo que escriben.

Por su parte, Schydrowsky señala que efectivamente hubo una estrategia de acumulación: "desafortunadamente, la revolución peruana hizo suya íntegramente la antigua doctrina de la sustitución de importaciones de la CEPAL" (p. 52). Y, más específicamente, "la revolución peruana heredó de Belaúnde una estrategia de desarrollo económico basada en el crecimiento industrial" (p. 51) que "fue aplicada con gran vigor y plena convicción por el gobierno revolucionario" (p. 55). Completa su concepción de los orígenes de la crisis señalando que "la mera selección de esa estrategia de desarrollo obviamente no explica toda la historia" y que, importantes elementos de la cual "son imputables directamente a los conductores del 'experimento peruano'" (p. 65).

De otra parte, Wicht afirma que "ha habido un vacío de estrategia" (p. 126) e incluso que "es difícil ver qué modelo económico tenía el gobierno militar revolucionario" (p. 26), por lo que le faltó "un esquema coherente que hubiera ayudado a comprender la economía del país". De ahí que, "en lo económico, había un vacío completo en lugar de un modelo teórico consistente" (p. 32), con lo que "la intuición y la audacia política predominaron" (p. 26). Esta posición contrasta con la que el propio Wicht expresa —esta vez en coincidencia con el coautor— en otros pasajes. Indica, por ejemplo, que —hasta 1975— se aplicó "el modelo que podríamos llamar estructuralista" (p. 119), algo "natural" si se tiene en cuenta que en el CAEM, entre otros, "al final de la década del '60, los puntos de vista cepalinos predominaban" (p. 24).

5.

No queda claro, pues, si Velasco "heredó" o "seleccionó" la estrategia de sustitución de importaciones; si tenía un modelo o no; si el modelo era incoherente o estaba mal procesado; etc. Pequeñas ambigüedades que en realidad no nos interesan en primera instancia y que, por añadidura, podrían ser leves defectos de la traducción del original en inglés.

Importante es que, en cualquier caso, ambas hipótesis son erróneas, a saber: *la adopción de una política económica específica*

no resulta, ni de la ignorancia, ni de la lectura atenta de las recetas de la CEPAL (o del FMI), como veremos.

Así, si se postula que las políticas económicas —por ejemplo de la Primera Fase— provienen de la ignorancia de los gobernantes o asesores, habría que explicar por qué y cómo tal ignorancia se materializa en patrones tan homogéneos de política económica: tanto en el pasado peruano (Bustamante-Belaúnde-Velasco) como en el latinoamericano durante el proceso de "sustitución de importaciones". Curiosamente, pues, los errores personales llevan a medidas económicas muy similares, en tiempos y espacios muy diversos, lo que explicaría los "avances y frenazos" (p. 118) tan comunes a nuestras economías (pp. 64 y 108).

De otro lado, si postulan que las políticas económicas resultan de la interiorización y adopción del recetario estructuralista o monetarista, respectivamente, habría que explicar varios asuntos delicados. Uno, por qué en los periodos de expansión predominaban los primeros y en los de estabilización los segundos. Y, dos, como fue posible que en el Perú (y sobre todo en el resto de América Latina) se aplicara el recetario de ambas escuelas durante una o dos décadas *antes* tanto de llegar a la mayoría de edad Prebisch, como de la creación del FMI. O para generalizar aún más: ¿cómo fue posible que el New Deal y Hitler fueran keynesianos antes de la aparición de la *Teoría General*?

Todas estas cuestiones probablemente pondrían en grandes aprietos a cualquier economista ortodoxo. Y que podrían terminarse sintetizando en una sola: ¿cómo explicar la permanencia de ciertas políticas económicas (y, con ellas, de escuelas económicas) en América Latina? Por ejemplo, ¿por qué los estructuralistas ocuparon las primeras planas durante los últimos treinta años, mientras que ahora son más y más los monetaristas los que los suplen? Harry Johnson (1967) señalaría que ello es consecuencia del destierro del nacionalismo latinoamericano y Arnold Harberger (1979) diría que los románticos están dejando su lugar a los realistas en materia económica. Nuestros autores probablemente argüirían que la adopción de una política económica está en función directa a la inteligen-

cia y cultura económicas de los gobernantes (y sus asesores) de turno. En todos los casos se trata de aspectos psicológicos y de aprendizaje, áreas a partir de las cuales se originan nuestros problemas estructurales, y a partir de los cuales se los tiene que resolver. Toda anatomía se reduce a psicología, en esa perspectiva.

6.

Toda otra explicación de las "raíces de fondo" de nuestras crisis recurrentes queda eliminada de un brochazo por nuestros autores: "No hay determinismo que lleve a una situación de desequilibrio general (...) por acción de intereses de clases, sectores o regiones" (p. 119). Con esta sola frase se despacha, en paquete, a marxistas, mamalakinos y myrdalinos, respectivamente.

Aquí sólo trataremos de "salvar" a uno de esos "determinismos" (aunque los demás tienen también derecho de existencia), a saber: el que postula que los intereses y presiones de las diversas fracciones del capital y de determinadas capas sociales determinan contundentemente la política económica que adopta un determinado gobierno, con lo que se diseña —en forma derivada— una modalidad específica de acumulación de capitalismo periférico.

Fundamentaremos nuestro planteo en apoyo a frases extraídas del propio texto que comentamos. Porque curiosamente nuestros autores le van dando argumentos a quienes piensan que las crisis se originan, en proporción decisiva, por la acción de ciertos intereses de clase o de fracciones específicas, dada la inserción subordinada de nuestra economía a la de los polos dominantes. Por lo que el fracaso teórico del libro radica, a nuestro entender, en la ausencia de estas "componentes" en el marco teórico de los autores. Muchos problemas inherentes a la economía peruana no los alcanzan a explicar precisamente por desdeñar la importancia de la dinámica sociopolítica, a la que sin embargo aluden en ciertas instancias del libro (y de las que nos serviremos a continuación). Y eso que reconocen que tales intereses existen (p. 119): son, pero vegetan. El determinismo de que acusan a quienes creen que las crisis pueden explicarse más coherente e integralmente a

partir de la dinámica interna en el marco de la economía capitalista mundial, se vierte contra ellos al final. Porque es determinista explicar todo a partir de la supuesta "ignorancia" de los agentes políticos, sobrevalorando su autonomía, su presencia y su importancia en la adopción de medidas de política económica. Resulta difícil explicar las contradicciones estructurales de un grupo de individuos. La psicología no determina la anatomía.

7.

Primer ejemplo: "En los años '60, presiones sociales nuevas y crecientes de los sectores urbanos exigieron un enfoque distinto de Belaúnde. El modelo subyacente era similar a los lineamientos de la CEPAL. ..." (p. 24). De manera que grupos sociales *emergentes* (¿burguesía industrial, aristocracia obrera, capas medias?) *presionan*. Su avance y presencia política es tal que obligan al nuevo gobierno a cambiar de estrategia de acumulación, modificando la política económica. Aparentemente, entonces Belaúnde recurre —en respuesta a tales exigencias— al recetario cepalino, cuya "mentalidad... era descuidar de los mecanismos de mercado y descuidar el equilibrio externo en el proceso de desarrollo" (p. 24). De manera que la creciente intervención del estado en la fijación de precios provendría de los textos del organismo internacional. Cuando pudieron haberse centrado en la primera frase de la cita: eso los habría puesto en condiciones de señalar que la conformación específica de los "nuevos grupos" exigía ciertas medidas que —en la práctica— dificultaron el funcionamiento de los mecanismos de mercado y llevaron a descuidar el equilibrio externo. Pero ello habría llevado irremediablemente al "escabroso" campo de la sociología y la ciencia política (y, con éstas, al tema del poder y el estado, así como al carácter de clase de las políticas económicas).

Algo similar se da en la época de Velasco, durante la cual "la política desplazó a la economía" (p. 26). Son conscientes, pues, que —de una u otra forma— la condicionante socio-política está presente y resulta fundamental para comprender la política y la dinámica económicas. En ningún momento, sin embargo, se preguntan por los orígenes de

esa "política" y sobre el "para quién" se ejerce, ni la forma en que se traduce sobre la "esfera económica".

Un *segundo* grupo de ejemplos se refiere a la agricultura. Si bien describen su problemática aparenicial, en ningún momento se toman la molestia de explicar sus orígenes (aunque probablemente recurrirían a su teoría de la ignorancia para hacerlo). "(...) el área rural como región y la agricultura como sector productivo (con la excepción de los cultivos de exportación: azúcar y algodón) habían siempre sido sistemáticamente descuidadas" (p. 18), resultado básicamente de que "se aplicaron controles de precios sistemáticamente sesgados contra la agricultura" (p. 19). En general "siempre había sido económicamente postergado" (p. 44) el campo. ¿Este "descuido" no tendrá algo que ver con esos "sectores urbanos" a que hicieron alusión y que presionaron a partir de la década del sesenta? Y quizás con más énfasis aún con Velasco: "... la política de precios que había sido sesgada hacia el sector urbano en la década del '60 lo fue incluso mayormente a partir de 1972, cuando se impusieron muy estrictos controles de precio a toda la producción y comercialización de alimentos" (p. 33). Respecto a éstos, "la política era mantener sus precios bajos, importando cualquier volumen que fuera necesario para tal fin, y vendiendo, a través de la empresa estatal de alimentos, a precios cada vez más subsidiados" (p. 57). ¿Ignorancia económica que es astucia política? Y un absurdo económico que es necesidad política: "La decisión de mantener sin cambio los precios internos de los comestibles llegó al absurdo de pagar subsidios sobre alimentos importados (adicionando fuertes presiones a la balanza de pagos y el déficit fiscal)" (p. 34).

Un aspecto esencial de la explicación de los "bajos" precios agrícolas estaba pues a la mano: la clientela política de los gobiernos de turno de post-guerra se encontraba en los conglomerados poblacionales. Las presiones de estas capas —o la necesidad de ganarlas o el temor a sus reacciones— están a la base de tal fijación de los precios agrícolas básicos (cuando menos hacia el final de la fase ascendente del ciclo económico). Las fracciones políticamente hegemónicas y las

que conforman las alianzas políticas desarrollistas o populistas "exigen" precisamente tal absurdo económico, al favorecerlos. Los trabajadores dependientes ganan con alimentos "baratos", ya que esa tendencia eleva sus ingresos reales, permitiéndoles la compra de bienes industriales con el ingreso discrecional (sobre todo artículos duraderos). Para los industriales —y, en general, para los sectores secundario y terciario— ello significará salarios "bajos" y demanda creciente por sus productos (lo que evidentemente sólo es válido en un contexto de expansión del gasto de gobierno y de fijación del tipo de cambio).

Continuando con la lista de "errores" que postulan Wicht y Schydrowsky, cabría señalar un *tercer* grupo de ejemplos, referidos esta vez al sector industrial. "La industria recibió la más alta prioridad en términos de incentivos a la inversión y de protección arancelaria. Esto permitió que la producción de manufacturas tuviera una alta tasa de crecimiento" (p. 19). Por añadidura, "el precio del capital fue sistemáticamente abaratado con relación al de la mano de obra", llevando a una "sobrecapitalización". La terca fijación del "precio" del crédito, así, en tanto determinaba tasas negativas de interés, podría añadirse a la lista de absurdos. Que, nuevamente, no lo sea, se desprende de la explicitación de sus beneficiarios directos: los trabajadores (básicamente las capas medias) que pueden adquirir "regalados" bienes duraderos "por adelantado", y los industriales que pueden ampliar sus capacidades de producción accediendo al crédito "barato" (cuya utilización se expande, a su vez, por la expansión de la demanda a que dan lugar los procesos mencionados: fijación de precios agrícolas y del crédito, así como por la acelerada expansión del gasto público). Y más todavía, según nuestros autores, "la reforma industrial presenta posiblemente el caso más dramático de un error económico" (p. 34), ya que "La Ley General de Industrias y su Reglamento dieron a los empresarios más exenciones tributarias que las que ningún gobierno tradicional les había acordado, y la protección más alta que jamás soñaron (la prohibición total de importar cualquier bien que fuera producido en el país); podía tener, además, dólares 'baratos' (a una tasa de cambio fija y so-

brevaluada) y topes flexibles para sus precios en soles" (p. 35).

Comentemos uno sólo de estos "errores": la fijación del tipo de cambio a pesar de la creciente diferencia entre la inflación interna y la externa. La "lógica" del "bajo" tipo de cambio es nuevamente política: permite importar alimentos "baratos" a la par que crece la capacidad adquisitiva interna (en la fase ascendente del ciclo) y a medida que se reduce el quantum de producción agropecuaria para el mercado interno (consecuencia del control respectivo de precios). Por otra parte el sector industrial puede introducir al país insumos y equipo a precios "subvaluados". .

8.

Inexplicablemente, entonces, se fomenta la industrialización dirigida al mercado interno, a costa de la agricultura y las exportaciones. Que prácticamente todas las economías latinoamericanas hayan transitado (o lo sigan haciendo) por esa vía en base al mismo recetario (creciente gasto público y manipulación de los precios esenciales de la economía) debió llevar a explicitar las configuraciones sociopolíticas que —en determinados momentos y espacios en América Latina— las exigían. De manera que más que la ignorancia o el predominio de la "mentalidad cepalina" (p. 24) debió caerse en la cuenta que la política económica es el resultado de las complejas acciones e interacciones entre los grupos sociales dentro del marco del capitalismo periférico. No se trata, en consecuencia, de políticas deliberadas de industrialización, sino de medidas económicas que se implantan para legitimar en el poder a los "nuevos" gobiernos (anti-oligárquicos) lo que lleva al proceso de sustitución de importaciones. Y ellos mismos son conscientes de todo ello, sin aprovecharlo. Señalan, por ejemplo, que "de los aumentos del salario mínimo sólo se beneficiaron los que tenían poder sindical" (p. 46). ¿Así como así? No: "el resultado fue el apoyo a una aristocracia de trabajadores" (p. 56). Respecto a la Comunidad Industrial (que para otros economistas fue resultado de la "esquizofrenia") no se les escapa que efectivamente "rara vez ha generado una legislación tal congruencia entre los intereses del tra-

bajo y del capital a costas de la sociedad en su conjunto" (p. 60), fracciones que buscaba ganar para sí el reformismo.

Asimismo, en relación a la política de distribución del ingreso, "el efecto consiguientemente fue crear una clase media sustancialmente más grande" (p. 61). Finalmente, tampoco explica qué fracciones del capital dieron lugar a esta frase: "el problema estuvo en que, *por decisiones políticas*, el gobierno no quería aumentar los impuestos y en consecuencia el déficit del sector público aumentó" (p. 36, n.s.) ni en qué consisten, ni de dónde provienen ciertas "debilidades y vicisitudes políticas" (p. 126). Un pequeño esfuerzo de profundización los habría llevado a desnudar el carácter de clase del gobierno militar, así como la racionalidad política de la *irracionalidad económica*.

Las diversas ignorancias, errores y absurdos económicos que piensan haber detectado, resultan —en consecuencia— del enfoque unidisciplinario a la problemática en cuestión. Y, como en muchas otras circunstancias, cuando al análisis económico se le terminan los argumentos, se introducen subrepticamente "explicaciones" de corte psicologizante para cubrir lo que se ignora. Y la ignorancia que disparan contra gobernantes y asesores se convierte de pronto en *boomerang*.

De manera que la política económica en América Latina, cuando menos a partir de los años treinta, puede y debe explicarse más que por la acción de políticos y asesores ignorantes, por el acceso al poder de "nuevas" fracciones sociales surgidas al interior de la modalidad primario-exportadora, las que —en su intento de apropiarse de tajadas crecientes del ingreso nacional— revierten la política económica liberal hacia un intervencionismo que —poco a poco— ha ido generando los estímulos (i.e. las ganancias) para sentar las bases de la industria manufacturera latinoamericana.

Fenómenos persistentes y comunes a las fases de expansión económica durante este proceso, tales como la sobrevaluación de la moneda nacional, las tasas negativas de interés, la fijación de los precios agrícolas básicos, la creciente protección arancelaria, la congelación de alquileres y tarifas públicas, el sustancial incremento de los salarios míni-

mos, todo ello, en conjunción con el acelerado y "desmesurado" gasto público, resultó de las peculiares configuraciones sociopolíticas del capitalismo en América Latina. Estas últimas explican porqué se utilizaron esos medios (y no otros, "racionales") de política económica y cómo dieron lugar a la "industrialización" del subcontinente.

Por añadidura, que se haya aplicado con "cada vez más rigor" (p. 13) la estrategia de sustitución de importaciones en el Perú se debe menos a la mayor ignorancia de los últimos gobiernos, que a la creciente presencia política de las capas medias y populares. Aunque ciertamente podría comprobarse empíricamente una alta correlación positiva entre militarismo e ignorancia, es poco lo que ésto contribuiría a explicar nuestro reciente fracaso económico.

9.

Que tal conjunto de medidas tema que llevar a crisis económicas (y políticas) recurrentes — con sus respectivos procesos de "saneamiento"— es también elemental desde el punto de vista de la dinámica del capital, reforzando así las causas de origen estructural. Tanto micro como macro-económicamente se frenaba con ellas la oferta, a la par que se expandía la demanda. "Ello significó un éxito político transitorio, y un fracaso económico (y finalmente también político)" (p. 33). Sin embargo, en perspectiva y a pesar de (o gracias a) los "caóticos" procesos de "marchas y contramarchas", la industrialización dependiente fue profundizándose. Y con ella, la burguesía industrial nacional y las subsidiarias de las multinacionales dirigidas al mercado interno fueron consolidándose. Este fenómeno fue notorio en el Perú precisamente durante las últimas décadas, concretamente con Belaúnde y Velasco.

Creemos que esto último ayuda a comprender, a su vez, la notoriedad del texto que venimos comentando. El largo proceso de sustitución de importaciones permitió la creación de ventajas comparativas *inducidas* y la ampliación de nuevas fracciones del capital. Y fueron éstas últimas las que lograron vertir su producción al exterior, merced al estimulante empujón que se les dió durante los últimos años (con el CERTEX y la subvalua-

ción del sol). Para esos intereses resultaba gratificante la lectura del libro, especialmente si prometía asegurar un futuro tan promisorio como el presente para tales empresas. Veinte o incluso sólo diez años atrás tal "mensaje" habría caído en el vacío, exceptuando quizás a un minúsculo grupo de subsidiarias extranjeras que habrían estado en condiciones de competir en el mercado mundial (y que hoy lo podrían hacer sin CERTEX ni sobrevaluación del dólar).

Luego, gracias a Velasco, se ha logrado consolidar un poderoso bloque de intereses económicos que ha servido importante-mente para "reflotar" la economía y que se ofrece como dinámico motor de la acumulación para el futuro. Con ello el conflicto interburgués se complica, trasladándose del que se diera entre las fracciones primario-exportadoras (que han adquirido un nuevo cariz) y las industrias dirigidas al mercado interno, a un nuevo eje de más sofisticada configuración entre la pequeña y mediana industria (y comercio) —ligada a los partidos políticos populistas— y la gran industria exportadora (con intereses complementarios al capital estatal).

De manera que sin Belaúnde y Velasco, blancos principales de la crítica de nuestros autores, la estrategia de "desarrollo" que proponen hoy jamás habría tenido eco. Uno o dos Belaúndes o Velaseos más, la pondrán aún más a la orden del día, dándoles probablemente la viabilidad política que hoy les falta.

Y junto a ese bloque del capital, que trata de alcanzar la hegemonía, se amplía y afianza también la clase obrera. Con ello ambos grupos de intereses se van convirtiendo en los principales agentes del quehacer económico y político de nuestra formación social (contando dentro del primero a la burocracia estatal y las fuerzas armadas, ambas en un modernizado papel y desempeño).

Estas constelaciones aperturan, en consecuencia, dos vías alternativas de acumulación: la industrialización exo-dirigida dentro del capitalismo o la transición al socialismo. La primera de las cuales nos remite directamente a la opción sugerida por nuestros autores: la estrategia de "exportación no-tradicional". Veamos algunos de los aspectos "psi-

cológicos" que plantean al respecto.

10,

Según nuestros autores el futuro de nuestra dinámica económica "dependerá, entre otras cosas, de la enseñanza que los peruanos mismos habremos sacado de estos diez años de 'experimento peruano' en sus dos 'fases'" (p. 70).

De manera que el problema es puramente de "razón", de aprendizaje de la población y de los dirigentes. Nos resulta difícil creer que con unas 10 ediciones de su libro y, mejor aún, contratando su asesoría, el país no volverá a caer en crisis. Porque, "si una nueva generación de economistas no es capaz de reorientar a la nueva generación de líderes políticos, empresariales y laborales, el Perú estará condenado a perpetuar un proceso cíclico de avances y frenazos, con acentuada dependencia causada por el cuello de botella externo, y crecientes distorsiones internas" (p. 118)."

Siendo tan común este tipo de argumentos, conviene dedicarle alguna atención a partir de dos observaciones generales.

En primer lugar, es necesario señalar que hay "países" que aparentemente *nunca aprenden*. El Perú sería uno de esos casos lindantes con el masoquismo, en tanto —en lo que corresponde al conjunto de medidas de política económica aplicadas— cometió los mismos "errores" hasta en tres oportunidades durante el periodo de post-guerra: con Bustamante, Belaúnde y Velasco, en las que se aplicaron medidas muy similares, en primera instancia referentes a la manipulación de precios relativos. De esa noción del "aprendizaje" (de experiencias propias o ajenas) no dista mucho la clasificación de los "países" en "aplicados" (inteligentes) y "retardados" (mentales). Y de esto no hay sino un paso que "permite concluir" que —agotada la paciencia de los buenos economistas— los retrasados tienen que aprender a partir de "otros métodos". De manera que si la realidad violenta la teoría, hay que violentar la realidad para que la teoría se cumpla. En la práctica estos principios exigen la implementación de "tratamientos intensivos" (entre los países de reducidos niveles de IQ): Chile (post-1973) y Argentina (desde 1976) serían los modelos a

seguir (cuando menos en lo político) para curar su retardo mental. En honor a la verdad, sin embargo, la escuela bostoniana —específicamente a través de dos artículos de Rosenstein Rodan— están en contra de la vía chilena.

La paciencia, sin embargo, no es uno de los dones de los economistas: los maestros de Chicago la perdieron en Chile, después de exactamente veinte años de esforzada labor en la Universidad Católica de Santiago.

De otro lado, los "países" que aparentemente han aprendido la lección (v.gr. Brasil a partir de 1964) vienen aplicando la nueva estrategia, no por las lecciones que hubieren extraído de su propio pasado, ni tampoco gracias a la calidad de sus economistas, sino básicamente por la "novísima" dinámica sociopolítica que así lo requería. Como no nos cansaremos de repetir: son las constelaciones sociales y políticas específicas (surgidas al interior de la modalidad concreta de acumulación) las que —al materializar alianzas entre fracciones singulares— guían e impulsan la economía en esa dirección. Con o sin el consejo de los economistas, aunque ciertamente cada vez más con él, bajo el manto protector de militares "conscientes".

11.

"Si la antigua estrategia fuera seguida en la década del '80, un tipo de gobierno represivo será acaso inevitable para mantener el orden público frente a una fuerza laboral cada vez más desempleada y subempleada, privada de ingresos y su derecho a un trabajo productivo" (p. 125). He ahí el desafío a los intereses del orden establecido: si desean mantenerlo, cumplan con las instrucciones. Nuestros autores se convierten así en la "última alternativa" del sistema capitalista en el Perú: si no se sigue la estrategia, la clase obrera se rebelará. Y esto desata pánico en cualquier persona sensata.

Sin embargo, la nueva pendulación económico-política a que aluden los autores parece que se cumplirá. Ellos mismos encuentran "poca razón para ser optimistas" (p. 118). Porque de las declaraciones de los principales "expertos" de los grandes partidos políticos reformistas (APRA y AP), se desprende que pronto se volverá a una política de

acelerado gasto público y de proceso de fijación (o semifijación) de los precios fundamentales de la economía. Con ello volveríamos a la "sustitución de importaciones" y su hijo predilecto: la brecha externa. La necesidad de neutralizar a la izquierda revolucionaria, el deterioro del ingreso real durante los últimos seis años y el intento de legitimizarse en el poder, determina la "urgencia" de ese redistribucionismo selectivo, a la vez que la reciente eliminación de las "brechas" permitirían su implementación.

Pienso que refuerza nuestra hipótesis de que el próximo gobierno no aplicará una política económica acorde con la estrategia de la industrialización exo-dirigida —en el espíritu de nuestros autores— el hecho de que, hace poco el propio Schydrowsky ofreciera sus servicios a los tres principales partidos del orden establecido y que sólo uno —el menor de los socios (PPC) — lo acogiera con alborozo.

Esta anécdota puede servir para sustentar una lección elemental, pero fundamental: que los partidos políticos —estén o no en el gobierno— contratan únicamente a aquellos economistas que le permitan dar visos de "racionalidad, sofisticación y coherencia" económica a los programas políticos que convienen a sus respectivas clientelas. En tal sentido el recetario de los "eclécticos" no parece ser atractivo, ni para los sectores industriales medios y pequeños, ni para la aristocracia obrera, ni para gran parte de las capas medias; fracciones que conforman precisamente las clientelas predilectas de AP y el APRA. Más acorde con su "modelo" resultan así los patrocinadores del PPC, los estratos internacionalizados del gran capital. Pero, dada la dinámica sociopolítica en el país, específicamente en vista del proceso electoral, ni siquiera el PPC se atreverá a plantear tales políticas económicas, en la medida en que sería muy reducida la coalición de intereses que podría amalgamar en torno a ellas.

12.

Sin embargo, pueden servirles de consuelo a nuestros autores las perspectivas relativamente auspiciosas que se vislumbran en el futuro. De una parte, cuando se desate una nueva crisis, que no habrá de tardar en

madurar, que el libro en debate vuelva a tener muchas re-ediciones; para lo que se requerirá cambiar únicamente el periodo de dos años del subtítulo: en vez de 1968-1978, dirá 1980-1989.

A más largo alcance, sin embargo, creemos que recibirán una gratificación más palpable. Si bien hemos afirmado que no es éste el momento de aplicar su estrategia, probablemente lo sea en el próximo o subsiguiente péndulo económico-político que se inicie. Y es que aún no se dan las condiciones político-económicas para su materialización. A saber.

De un lado, es necesaria una mayor consolidación de las fracciones del capital industrial (foráneo y doméstico), incluso en materia política; y del otro, las capas populares todavía no amenazan realmente con el desborde del sistema. Ya que el proceso de profundización de la sustitución de importaciones que tenemos por delante llevará precisamente a la mayor maduración de ambas condiciones (la segunda de las cuales es determinante políticamente), vamos hacia su cumplimiento.

Pensamos que sólo ante el inminente peligro de terminar con la permanencia del sistema (que proviene evidentemente de las capas populares) se apertura la posibilidad —si no se llega a remontarlo— de un estado burocrático-autoritario, sustentado en la alianza entre las multinacionales del sector secundario y terciario con el capital estatal y la gran burguesía industrial nacional. Es ese el momento en el que adquiere vigencia la estrategia de industrialización exo-dirigida. Será también ese el momento en que las fracciones del capital —beneficiarias de su proyecto— habrán alcanzado la "madurez" para llevarla a cabo.

Lo anterior, sin embargo, sólo se cumpliría de darse dos condiciones adicionales. De un lado, que para entonces el proteccionismo de las naciones avanzadas no obligue a la aplicación de un neo-liberalismo a ultranza (con lo que los monetaristas serían los principales asesores económicos del gobierno), que nos llevaría a un modelo primario-exportador sofisticado (con algún espacio para exportaciones de manufacturas). Del otro, que para entonces el avance del sub-imperialismo

latinoamericano aún nos deje algún espacio para nuestras exportaciones no-tradicionales.

De manera que si estamos de acuerdo con nuestros autores que sus propuestas adquieren más y más realismo, diferimos con ellos en el momento y las circunstancias en que se adoptarán sus políticas económicas: no hoy y dentro de regímenes de tinte democrático, sino mañana dentro de modalidades políticas corporativo-autoritarias. El propio Schydrowsky es consciente de la necesidad de un gobierno *fuerte* (p. 94) para implementar su estrategia; lo que no es para menos si ella exige, entre otras cosas, "una virtual revolución en el mercado laboral con la posibilidad de llegar al pleno empleo, lo cual afectaría de manera importante el poder de los sindicatos". Tampoco es casual la predilección bostoniana por —tomando un caso latinoamericano— el "modelo brasileño" post-1964 (pp. 8 y 93), si bien en lo económico (aunque no pueden ser tan miopes como para ignorar su contrapartida política).

Que —en lo inmediato— no se sigan sus consejos no será culpa de Schydrowsky y Wicht (por su falta de convencimiento quizás) o de los próximos gobernantes (por su lentitud para aprender quizás), sino porque la coyuntura política dominante deja un margen de elección económica muy *estrecho*, incluso en periodos de auge económico. Y es que sólo cuando la clase obrera deja de ladrar y llega a morder al amo se aperturan *amplios* horizontes y alternativas, donde las utopías pueden convertirse en recetas para el presente. Por eso, dejar de soñar hoy, malograría esa oportunidad para el mañana. Es más: si el criterio y la lógica (más que los intereses hegemónicos), fueran dominantes en la aplicación de políticas y estrategias de acumulación, el Perú sería hace tiempo socialista, alternativa que hoy todavía resulta utópica, como hace veinte años lo fuera la de la industrialización exo-dirigida, que —gracias al desarrollo de las fuerzas productivas— viene adquiriendo visos de "realismo" y "pragmatismo" e incluso se convierte en *bestseller* de ciertas fracciones del capital. En ese (estrecho) sentido, no son los argumentos los que triunfan; son los intereses hegemónicos quienes, al imponerse, hacen triunfar ciertos argumentos.

13.

En breve, el libro que se presenta como la anatomía de un fracaso económico termina ofreciendo la psicología de un fracasado aprendizaje económico. Esto tiene varias consecuencias importantes en las que conviene volver a insistir.

De un lado, la anatomía que reside en esa psicología no sólo se explicaría a partir de ésta, sino que bastaría redirigirla en su apoyo. Pero, ¿cómo imaginarse que la deforme anatomía radica en una deforme psicología? ¿Puede modificarse una caduca estructura económica a partir de una moderna estructura mental? Los años que vienen se volverán a encargar de dar una respuesta negativa.

De otro lado, ese proceder delata la propia debilidad del análisis económico convencional: cuando la ciencia no logra completar adecuadamente la imagen, se recurre crecientemente a muletas ajenas. La "ignorancia" de que se sirven nuestros autores, así como entre otros autores la noción de "expectativas", sirven para "explicar" lo que la teoría económica de por sí no puede.

Finalmente y en relación con lo anterior, esa anatomía —que se reduce a psicología— tiene su propia psicología, que nos lleva a otra anatomía: la psicología del enmascaramiento de los intereses dominantes del capital. Y es que la ignorancia y los errores aparentes de nuestros gobernantes de las últimas dos décadas tienen sus beneficiarios: las "mentalidades" cepalina o fondo-monetarista no son sino la racionalización de los intereses del gran capital (respectivamente, del dirigido al mercado interno y del que prefiere el mercado internacional). Cifrar en la estupidéz de políticos y asesores la causa de nuestros males, termina —al personalizarla— disfrazando convenientemente los intereses que cobija cada juego de políticas económicas. Y encubrir intereses específicos tras el manto de la ignorancia es asimismo ignorar el carácter de fracción de clase de toda política económica. La lógica del manejo económico se deriva, en consecuencia, de la compleja interacción entre fracciones sociales, que —no sólo dentro del capitalismo periférico— configuran paquetes económicos que favorecen tendencial y sistemáticamente a ciertas secciones del ca-

pital. Esta lógica político-social es contundente, a la par que resulta secundaria la de los libros de texto del análisis económico convencional. Esta última coincide o no con aquella, según que la predominancia económica esté cubierta por la hegemonía política o no. Así, en política económica no hay errores. Por añadidura, afirmar que ciertos gobiernos hayan "aprendido", no es sino confirmar que

ciertas fracciones del capital se benefician casualmente de las recetas que divulga alguna escuela económica, sea la cepalina, la monetarista o la ecléctica.

Por lo que la anatomía de un fracaso (o éxito) económico debe buscarse, no en la psicología de gobernantes ignorantes (o inteligentes), sino en la anatomía y dinámica de nuestra formación social.

BIBLIOGRAFIA

AMAT y LEON, Carlos (1979), "Anatomía de un Fracaso Teórico", en: *Socialismo y Participación*, N° 8, setiembre; pp. 45-59.

HARBERGER, Arnold (1979), "Corrientes Económicas Actuales", CLADE II, Lima; mimeo.

JOHNSON, Harry (1967), "The Ideology of Economic Policy in the New States" en: H.G. Johnson (ed.), *Economic Nationalism in Old and New States*, Chicago, University of Chicago Press. Citamos de la reimpresión en: Wall (1972, pp. 2340).

SCHYDLOWSKY, Daniel M. (1967), "From Import Substitution to Export Promotion for Semi-Grown-up Industries: A policy Proposal", en: *Journal of Development Studies*, vol. 3 (4), julio 1967.

SCHYDLOWSKY, Daniel M. (1971), "Short Run Policy in Semi-Industrialized Economies", en: *Economic Development and Cultural Change*, vol.

19 (3), abril 1971.

SCHYDLOWSKY, Daniel M. (1972), "Latin American Trade Policies in the 1970's", en: *Quarterly Journal of Economics*, vol. 86 (2), mayo; pp. 263-289.

SCHYDLOWSKY, Daniel M. (1973), "Internacional Trade Policy in the Economic Growth of Latin America", en: S. E. Guisinger (ed.), *Trade and Investment Policies in the Americas*, SMU Press, Cap. III.

SCHYDLOWSKY, Daniel M. (1976), "Capital Utilization, Growth, Employment and Balance of Payments and Price Stabilization", Center of Latin American Development Studies, Discussion Paper N° 22, Boston, Diciembre.

SCHYDLOWSKY, D.M. y J. J. Wicht (1979), *Anatomía de un Fracaso Económico, Perú, 1968-1978*, Lima, CIUP.